

ARTE Que la Alameda de Osuna es una joya secreta de Madrid no es un invento. Ni siquiera Gómez de la Serna en su libro «Goya», que dedica un capítulo a la famosa alameda, da la menor prueba de haber puesto el pie en tan soberbia finca

Goya, en la Alameda de Osuna, el parque más secreto de Madrid

Los siete cuadros de gabinete que se pintaron para esa quinta recrean el mundo de los tapices

César Pérez Gracia

La Alameda de Osuna es probablemente uno de los parques más secretos de Madrid. Situado a la vera de Barajas, su antiguo acceso desemboca hoy en plena avenida de América, a la altura de la M-40. En la actualidad se puede visitar sábados y domingos, desde las 9 de la mañana a las 6 de la tarde. Es propiedad del Ayuntamiento de Madrid. Pero hagamos un poco de historia.

Goya nos cuenta en una carta de agosto de 1786 que ha ido de caza con la Peñafiel, que no es otra que la duquesa de Osuna, duquesa y señora del Capricho o Alameda de Osuna. Ese mismo verano casi se descalabra el día de Santiago al volcar su birlocho a la inglesa. Goya tiene 40 años y si no se come el mundo, alardea en Madrid de nuevo rico un poco fanfuche, todo sea dicho en honor a la verdad. Para la Alameda pintó siete cuadros de gabinete a comienzos de 1787. Los retratos del Prado, «la familia de Osuna» es de 1788, el mismo año en que pintó para la capilla Borja de Valencia —propiedad de los Osuna— dos cuadros insólitos en su carrera. De modo que puede decirse que Goya entró en Madrid por la Puerta de Osuna. Guacín decía con guasa jesuítica que a la villa manchega pocos entraban por Lavapiés y muchos por Utramantos. Humor del Jalón.

El aficionado goyesco que se dedica a visitar la famosa y secreta Alameda de Osuna, sin duda tiene presente la leyenda goyesca sobre la duquesa de Alba, pero si

ahonda un poco más en la biografía del pintor aragonés, descubrirá la feroz rivalidad entre ambas reinas de la aristocracia, la Osuna y la Alba. Lo cierto es que los jardines y palacetes actuales son obra romántica de 1834-44, del arquitecto López Aguado (1796-1866), hijo de un discípulo de Villanueva, autor del Prado. López Aguado construyó el Casino de Baile de la Alameda de Osuna en 1815, y diseñó el Teatro Real y la Plaza de Oriente. Parece ser que el Capricho era en su origen un pabellón de caza, un caserón dieciochesco pegado a la aldea de Barajas.

Justo la imagen que evoca Goya en sus batidas de caza con la Peñafiel u Osuna en su carta ya mencionada. Un año antes se contentaba con ir a pegar tiros a Chinchón, quizá con su perro «Gitanos», regalo de su amigo Zapatero. Un perro bolguzán que prefería el birlocho a la pabardera del camino, según nos cuenta el propio pintor con tono zumbón.

Que la Alameda es una joya secreta de Madrid no es un invento mío. Ni siquiera Ramón Gómez de la Serna en su libro «Goya», que dedica un capítulo a la famosa Alameda goyesca, da la menor prueba de haber puesto el pie en tan remota y soberbia finca. Desluzco a algún pertenencia de los enzarzados en fecha del libro de Ramón. Antonio Marichalar, en su libro sobre Osuna, 1930, si conoce el sitio y nos recuerda que allí se corrió el primer derby romántico de España en 1835, y nos habla del fuerte a lo Vauban, que todavía existe. Pero, repito, la Alameda es uno de los jardines



Aspecto parcial del parque de la Alameda de Osuna.

más bellos y desconocidos de España.

El paseo de entrada, flanqueado por encinas centenarias, algún álamo, plátanos y otras especies, conduce hasta el puentecillo y la plaza de la Exedra, con sus co-

quetas esfinges, hasta desembocar, siguiendo el eje de parterres hasta la fuente y fachada del palacete. El palacio Osuna, con su hermosa galería de columnas, es un magnífico ejemplo del neoclasicismo romántico español. Una

composición que recuerda la gracia del palacio Chiericati de Palladio, incrustado entre torreonos barrocos. No sé si me excedo en la comparación. Un odeón o templo dedicado a Baco, un embarcadero con su lago de ocas, una columna dedicada a Saturno, un fortín de juguete, pueden de encanto las laderas y senderos de una pequeña colina de esbeltos pinos romanos y algún soberbio cedro.

La fortuna de esta familia acabó en la almoneda de 1896, hace justo un siglo. El cuadro de «la familia de Osuna» fue comprado por el Museo del Prado. Marichalar nos cuenta que la duquesa de Osuna era mujer de arrebatos caros y que al retrato que le hizo Estévez le hizo cuatro sietes. Imaginen si la sacó favorecido. Goya, además de cazador diestro, era sin duda un mago de la pintura, puesto que los retratos de tan aristocrática dama han llegado íntegros hasta nosotros. El famoso retrato rococó de 1785 —propiedad de March— es buena prueba del hechizo que su pincel lograba en gerios tan explosivos como el de la duquesa. Los siete cuadros de gabinete que se pintaron para esa quinta de recreo que es la Alameda, recrean el mundo de los tapices, la Cuchaña, el Culpomio. Goya sube como la espuma y está muy lejos de adivinar sus días de Burdeos. Zapatero se burla de sus dobles florecidos, y le compra mulas de Zaragoza para su birlocho inglés. ¿Se imaginan a Picasso con un Rolls? Pues Goya durante la fiebre del aragonés que triunfa en Madrid, durante su etapa de favorito de la Casa de Osuna, es el perfecto ejemplo del nuevo rico, una enfermedad social que tarde o temprano se cura. Que se le digan a los Osuna, la primera fortuna de la España romántica, que terminó en una subasta hace un siglo.